



WALTER TEVIS
EL REY HA MUERTO
Y OTROS RELATOS

Traducción del inglés a cargo de Juan Trejo

IMPEDIMENTA

EL MEJOR DEL PAÍS

Después de secarse despacio, Johnny entró en el limpio dormitorio y se sentó, desnudo, sobre la limpia cama. Su maleta estaba abierta en el suelo y de ella sacó un paquete nuevo de cigarrillos, le quitó el envoltorio de celofán con la uña del pulgar, abrió el papel de aluminio y deslizó de uno en uno los cigarrillos en su pitillera de plata. Hizo después una bola con el paquete vacío, apuntó y lo lanzó con precisión a la papelera metálica verde que estaba al otro lado de la habitación. Hubo algo elegante, casi profesional, en el modo en que lanzó la bola de papel a la papelera.

Mientras hacía todo eso, Johnny no dejaba de pensar en Ned Bayles, a quien no había visto desde hacía nueve años.

Encendió un cigarrillo y se recostó en la almohada. En la habitación de al lado había gente bebiendo. Johnny podía oír diferentes voces y el tintineo del hielo en los vasos. Un hombre se quejaba de que había tenido mala suerte en las carreras de la tarde, otro le dijo que con toda probabilidad lo recuperaría antes de que acabara la semana. Johnny rio en silencio cuando oyó al segundo hombre decir eso, porque sabía que no era cierto. Johnny sabía que no tenía sentido jugarse el dinero en una apuesta aparentemente segura, apostar a algo en lo que se suponía que no era posible perder, como las carreras de caballos. Había otras muchas

opciones, pensó, y rio de nuevo. El cigarrillo sabía bien después del baño caliente, se sentía relajado y seguro.

Ahora que las carreras de caballos del día habían terminado y la multitud había regresado del hipódromo, seguramente Ned estaría abajo, en la sala de billar del hotel, tratando de organizar una partida. Johnny podía imaginárselo, vestido como un hombre de negocios, tal y como lo había visto nueve años antes en Las Vegas: traje gris oscuro, gafas y maletín. Tumbado en la cama, incluso podía recordar el modo en que Ned se movía, cómo había entrado en la pequeña sala de billar donde él entrenaba —donde siempre entrenaba cuando era niño— y había dejado el maletín en la silla junto a su mesa y luego se había quedado allí, viéndolo jugar, con gesto serio, interesado, como si no fuera más que un hombre de negocios cualquiera...

—Juegas bastante bien para ser un niño. —La voz de aquel hombre era amable y tranquila.

—¿A qué se refiere, señor? —preguntó Johnny alzando la vista de la mesa.

La sala de billar estaba casi vacía, a excepción del Clem, el chico encargado de armar las bolas, que estaba junto al mostrador, y del desconocido, un hombre corpulento, solo en medio de la sala, a varios metros de donde Johnny estaba entrenando. *Será un representante* —pensó Johnny—, *rondará los cuarenta. Cree que sabe jugar al billar.*

—Digo que le pegas bastante bien para ser un chaval —dijo el hombre, esta vez en voz más alta y con una cordialidad extrema.

—Le pego bastante bien. —Johnny dejó de entrenar y empezó a ponerle tiza al taco muy despacio—. A veces incluso gano a hombres adultos.

El rostro del desconocido se iluminó con una amplia sonrisa.

—Seguro que sí, hijo. —Rio—. Seguro que eres un auténtico fullero. —El tono de su voz transmitía intimidación—. En el este me dijeron que en Las Vegas había montones de fulleros en los billares, apuesto a que tú eres uno de ellos. Un fullero del billar tamaño juvenil. —Rio de nuevo y le guiñó un ojo a Clem, que parecía interesado en la conversación pero no dijo nada.

A Johnny no le hizo gracia.

—Tengo diecinueve años, señor —dijo—, y son buscavidas, no fulleros. Solo la gente que no juega al billar los llama fulleros.

—Ah, ¿sí? —El hombre seguía sonriendo—. Cuando era un muchacho, más o menos de tu edad, yo también jugaba mucho al billar. ¡Incluso decían que yo era un fullero! —Sacó un pañuelo grande y se enjugó la frente. Era mediodía y en la sala, aunque estaba prácticamente vacía, hacía mucho calor.

—Usted ya no es un niño —ahora fue Johnny quien sonrió—, pero seguro que todavía juega. —Siguió poniéndole tiza a su taco. Estaba empezando a emocionarse, pero no quería que se le notara—. Es posible que incluso juegue por dinero.

—Para el carro, chaval. —El hombre rio de nuevo—. No he agarrado un taco en veinte años. Me dejarías sin blanca.

Johnny dejó la tiza. Se sintió aún más por encima del desconocido. *Todos dicen eso* —pensó—, *todos dicen que no han jugado desde hace veinte o treinta años. Pero juegan un par de partidas a la semana en algún hotel, saben algunos trucos, engañan a sus amigos y se creen buenos. Es un pringado. Seguro que podría sacarle diez o más.*

—¿Qué estilo le gusta, señor? —preguntó—. ¿A cuál juega?

—Bueno, lo mío era el billar a bandas. —El hombre se guardó el pañuelo en el bolsillo trasero del pantalón—. Pero eso fue hace mucho tiempo.

Johnny sonrió. No habría podido elegir un estilo mejor.

—De acuerdo, señor —le dijo—, jugaré un par de partidas de billar con usted, solo para ver lo que sabe. Medio dólar a un lado.

—Bueno, tengo que tomar un tren dentro de unas horas. —El hombre se encogió de hombros—. Pero está bien, hijo, te daré un par de dólares. —Agarró un taco del estante, uno ligero, de dieciséis onzas, del tipo que usan las personas que no saben nada de billar.

—Pon las bolas en el triángulo, Clem —dijo Johnny.

Jugaron durante aproximadamente una hora; el desconocido jugaba con torpeza y Johnny ganó las primeras cuatro partidas sin esforzarse. De hecho, tuvo que contenerse para no asustar a su rival. Después de la cuarta, dijo:

—¿Quiere jugar por más dinero, señor? A lo mejor podría recuperar lo perdido antes de tomar el tren.

El hombre rio a carcajadas.

—¿Qué pretendes, hijo, crucificarme? —Extendió los brazos en señal de fingida agonía—. Está bien, está bien. ¡Clávame en la cruz!

—Venga, empieza usted —dijo Johnny, sintiéndose un poco tenso...

Después de la última partida, el hombre guardó uno de los dos últimos dólares de Johnny en su cartera junto al resto y luego lanzó el otro sobre la mesa con indiferencia.

—A lo mejor te apetece una taza de café, hijo —dijo.

Johnny no respondió, pero tenía el estómago encogido y los dedos le temblaban al mirar al hombre que, con diecinueve de sus dólares, agarró su maletín y se dirigió hacia la puerta. Ni siquiera miró el dólar que había dejado sobre la mesa, ni mucho menos hizo ademán de recuperarlo.

—Lamento tener que quedarme con tu dinero, hijo —dijo el hombre corpulento—, pero hay que comer cuando se viaja en tren. —Salió por la puerta y se despidió con la mano y sin dejar de sonreír.

Clem seguía sentado junto a la caja registradora.

—Ha jugado muy bien, ¿verdad? Dios bendito.

—¿Quién era, Clem? —preguntó Johnny, notando cómo se sonrojaba—. ¿Quién demonios era ese farsante asqueroso?

—¿No lo sabes?

—¿Por qué te lo estoy preguntando? —dijo Johnny, golpeando el taco con fuerza contra el estante.

—Joder, ese es un tipo importante, Johnny. Un pez gordo.

—¿Qué hace aquí si es un pez gordo? ¿Por qué no está jugando en Congreve's o Nelson's si es tan importante?

—Oh, allí lo conocerían, Johnny. Yo lo he reconocido. Es probable que necesitare unos pocos dólares, por eso ha venido aquí y los ha conseguido fácilmente.

—Fácilmente, sí, y tanto. —Escupió en el suelo—. Podrías haberme avisado de alguna manera, Clem. Podrías habérmelo dicho.

—No te aceleres, Johnny. —Clem se encogió de hombros—. Ya sabes cómo son los buscavidas. Él es un tipo importante... y listo, además.

—De acuerdo, de acuerdo, no podías delatarlo. Pero ¿quién era? A lo mejor algún día quiera volver a jugar con él.

—Tienes mucho que aprender sobre el billar antes de estar preparado para enfrentarte a ese hombre otra vez, Johnny. —Clem parecía casi reverente—. Acabas de jugar contra Ned Bayles, Johnny. Es el mejor jugador de billar a bandas del país.

El mejor del país. Nueve años de buscarse la vida con el billar le habían quitado a Johnny unas cuantas tensiones, pero ahora, al recordar a Bayles y aquella vez que jugaron y darse cuenta de que todo lo que tenía que hacer para volver a jugar contra él era bajar en el ascensor, sintió un poco de la antigua tensión en el estómago. Le emocionaba recordar a Ned y su gesto de crucifixión —«Jesús llorón», lo había llamado Clem— y el tono reverente en la voz de Clem. No es que Johnny hubiera jugado durante años única y exclusivamente para poder vencer a Ned Bayles y así vengarse, pero era emocionante sentir que, ahora que se encontraba en la ciudad de Ned, tenía la oportunidad de saldar una vieja cuenta.

Empezó a prepararse.

Fijado en el interior de la tapa de su maleta con dos abrazaderas metálicas, había un estuche de cuero fino, de unos setenta centímetros de largo. Abrió las abrazaderas, tomó el estuche y lo dejó a su lado sobre la cama. Luego sacó del fondo de la maleta un frasco de antitranspirante, vertió una pequeña cantidad de crema en una mano y se frotó ambas con energía hasta que se secaron. Volvió a guardar el frasco con cuidado en la maleta y sacó la ropa que pensaba ponerse: una fina camisa *sport* de manga corta de color verde pálido, pantalones grises de tela de gabardina de corte amplio y zapatos Oxford marrones y blancos con puntera afilada. Se sentía cómodo y ligero con aquel atuendo, y, al salir de la habitación en dirección al ascensor, observó con satisfacción el brillo intenso y deslumbrante de sus zapatos. Sabía que iba a ser una buena noche. Podía sentirlo.

Mientras el recepcionista sacaba su sobre de la caja fuerte, Johnny observó a la muchedumbre que se arremolinaba en el vestíbulo. Gente rica muy discreta con botones en las mangas de sus abrigos que realmente podían abrocharse; gente rica muy ostentosa con botones en las mangas de sus abrigos que podrían haber abrochado pero no lo habían hecho, y gente que, tanto de forma discreta como ostentosa, intentaba parecer rica y que, por lo general, no tenía botones en las mangas de sus abrigos.

Cuando aceptó el sobre del recepcionista, le alegró poder contar los cuarenta billetes de veinte dólares allí mismo, en el vestíbulo, hacerle un gesto de complicidad al que se los había entregado, sujetarlos con su enorme clip plateado y guardar el fajo con cuidado en el bolsillo de sus pantalones. Johnny disfrutaba mucho de ese gesto rutinario, formaba parte de su manera de hacer las cosas.

Al alzar la vista, vio el letrero que indicaba SALA DE BILLAR DEL HOTEL sobre una puerta al fondo del vestíbulo, junto al expositor de revistas. Se acercó despacio con el estuche de cuero.

En la sala todo era humo y ruido. Las mesas, alineadas a ambos costados de la sala, estaban abarrotadas de hombres jugando, la mayoría de ellos en mangas de camisa, hablando en voz alta, maldiciendo y carcajeándose. Flotaba en el aire una sensación de dinero fácil, algo que Johnny podía sentir, casi oler, como el humo del tabaco. En el centro de la sala estaba la cabina del chico de las bolas, con la caja registradora, y alrededor de la misma había un grupo de hombres que parecían holgazanear despreocupadamente, casi con excesiva despreocupación. Eran los buscavidas de la temporada de carreras, hombres que iban de estado en estado, de hipódromo en hipódromo, en busca de dinero fácil. Una buena partida, una noche de juego, dos semanas de beber sin parar y de apostar fuerte en las carreras de caballos, luego otra ciudad y vuelta a empezar. No dejaban de hacerlo hasta que se les acababa la racha, o se hacían demasiado viejos o débiles para enfrentarse a una mesa de billar, o bien perdían los nervios, o en algún lugar oscuro les clavaban un cuchillo en el pecho por haber dividido una apuesta y haberle dado la espalda a alguien porque necesitaban el dinero con tal desesperación como para arriesgarse a perder una

partida de billar a propósito. Johnny conocía a los hombres que estaban en medio de la sala, había jugado con algunos de ellos en Las Vegas, sabía lo que eran, lo que habían sido y lo que serían, y tenía claro que él era diferente. Ned Bayles no estaba allí, en medio de la sala. Johnny tenía claro que Ned también era diferente, porque Ned era el mejor del país. O lo había sido.

Junto a la caja registradora, Fish Grogan, de Kansas City, hablaba con un hombrecillo que debía de ser chanchullero. Johnny había jugado una vez al billar con Fish en Las Vegas, hacía tres años, y le había dado una buena tunda. El chico Shufala estaba allí, joven, deportista y pelirrojo, silbando entre dientes, uno de los mejores jugadores de una tronera de la carretera, hablando con Glenville, el policía, el que nunca tenía que afeitarse, de mejillas orondas y rosadas, que lucía unas pequeñas gafas sin montura, fumaba grandes puros marrones, cargaba con una pistola bajo el brazo y, según decían, había matado a un hombre a puñetazos en Utah por hacer trampa en una apuesta. El Gordo de Nueva York, que había inventado el billar *jack-up* y gracias a eso había podido pasar la Depresión a base de filetes y langosta, estaba de pie junto a un hombre pequeño y nervudo llamado Camisa Rosa Cassidy, que apostaba cien dólares a que podía lograr que una bola de billar rebotase cinco veces en los extremos de la mesa y se detuviese a menos de medio centímetro del punto central, y era capaz de hacerlo. Johnny se preguntó si esos hombres lo reconocerían. Al verlos, se emocionó y se dijo a sí mismo: *Podría hacerme rico a costa de vosotros, cabrones. Puedo ganarlos a todos en vuestras propias modalidades, pero no lo voy a hacer. Voy a esperar y ganar al hombre al que todos teméis enfrentaros, aquí o en cualquier otro sitio.* Apagó el cigarrillo en el suelo. *Voy a ganar a Ned Bayles aquí mismo, en su sala de billar y en una de sus mesas.*

Entonces Fish Grogan, en medio de la sala, miró hacia donde estaba Johnny, lo vio de pie junto a la puerta y volvió la cabeza. Johnny sonrió, pero se puso tenso cuando Fish le susurró algo al chanchullero con el que había estado hablando y luego se abrió paso entre la multitud y el humo de tabaco hacia la mesa más alejada, donde había un hombre corpulento con un traje marrón oscuro

observando una partida de billar de espaldas a Johnny. Fish le habló al hombre en voz baja y con una expresión de indiferencia en su delgado rostro, pero de un modo que Johnny había visto muchas veces: sabía que Fish le estaba señalando. Johnny encendió otro cigarrillo y se dijo a sí mismo, con toda la calma del mundo: *Ese hombre del traje marrón es Ned Bayles y Fish le está diciendo quién soy.*

Johnny mantuvo el fósforo en alto un minuto, pero Ned no se dio la vuelta, así que lo dejó caer al suelo y se abrió paso entre la multitud, cruzó la sala de billar y llegó a la mesa del fondo.

Se detuvo un momento al lado de Ned, luego giró la cabeza hacia él y le dijo:

—¿Vas a apostar en esta partida?

Ned siguió mirando.

Johnny jugueteó con su cigarrillo, luego lo tiró al suelo y lo pisó con el talón.

—¿Te interesa esta partida, Ned?

Bayles lo miró. Luego sonrió.

—No. Nunca apuesto por otros, solo por mí mismo.

Johnny le correspondió con su sonrisa.

—He oído decir que eres bastante bueno.

—Sé cómo se juega.

—Dicen que eres tan bueno que no siempre te dejan jugar. Es lo que dice la gente de donde yo vengo.

Bayles se encogió de hombros y sonrió.

—Eres de Las Vegas, ¿verdad? ¿Te llamas Johnny?

—Así es. Johnny.

—Me han contado que hay un chico en Las Vegas que gana a casi todo el mundo al billar —dijo Bayles, con una amplia sonrisa—. Dicen que ese chico tiene una puntería alucinante.

Johnny rio secamente.

—Es posible, pero todo el mundo dice que tú eres el mejor del país jugando al billar de bandas. —Sacó otro cigarrillo—. ¿Eres el mejor del país en el billar de bandas, Ned?

La gran sonrisa de Ned se convirtió en una carcajada. Fue tan enérgica que resonó en toda la sala, de modo que algunos hombres que jugaban en la mesa de delante se volvieron hacia él.

—Una vez jugué en Las Vegas —dijo cuando dejó de reír—, haré unos diez años. Tal vez creyeron que era bueno porque tuve suerte.

—Tal vez lo fuiste.

Y Ned volvió a reírse a carcajadas, golpeando el borde de la mesa con sus manos grandes y fuertes. Johnny sostenía un cigarrillo entre los dedos y, cuando Ned dejó de reírse, se lo encendió con un pequeño mechero dorado que sacó del bolsillo del chaleco.

—Quizá fue porque en aquella ocasión jugué contra un chico —dijo Ned—. Ya sabes lo duro que es tener que sacarle los cuartos a un chaval, Johnny, pero lo necesitaba desesperadamente. Le gané veinte dólares. No me gustó nada.

—¿Sigues jugando por dinero?

Bayles le hizo un gesto a los dos muchachos que estaban jugando en la mesa, y estos, sin decir nada, recogieron sus tacos.

—Voy a probar con un par. ¿Cuánto?

—Veinte —dijo Johnny con calma, pero notó que tenía las manos tensas al abrir el estuche de cuero, sacar su taco de dos piezas y atornillarlas por la junta de latón.

Bayles agarró un taco del estante de la sala. Luego colocó las quince bolas en el triángulo al pie de la mesa. A Johnny le complació ver lo rígidos que eran sus movimientos. Bayles le dijo que podía empezar él.

Alrededor de la mesa empezó a reunirse una pequeña multitud. Un hombrecillo sudoroso se desplazaba de un lado a otro susurrando, tratando de conseguir apuestas. Johnny se preguntó cómo andaría la cosa en ese sentido. Probablemente las apuestas serían altas. La recompensa por apostar contra Ned Bayles tenía que ser alta. Se alegró de que no le sudaran las manos cuando se acercó para empezar la partida.

Hacía falta más de una hora para acostumbrarse a una mesa nueva, así que Johnny sabía que empezaría perdiendo. Bayles le ganó sobradamente en las dos primeras, haciendo rebotar las bolas en la banda y encadenando rápidas series de tres o cuatro. Johnny se acercó en la tercera partida, reduciendo la diferencia, hasta que Bayles embocó la última con un tiro a tres bandas que se vio obligado a hacer para evitar un posible *scratch*, ganando por ocho a siete.

Luego, Ned cometió un error hacia el final de la cuarta partida, dejándole a Johnny un tiro fácil cuando solo necesitaba dos bolas para ganar. Johnny hizo el tiro, mantuvo la posición y salió. Ned ganó las tres siguientes del tirón y Johnny sintió cómo la multitud se agolpaba alrededor de la mesa y se preguntaba por qué no abandonaba. Pero a pesar de ir perdiendo y de estar todavía nervioso, Johnny sabía que iba a ganar. No era una cuestión de confianza: había perdido ciento veinte dólares en la primera hora, y cuando un jugador de billar pierde dinero, pierde la confianza que necesita. Pero él sabía que iba a ganar. Sabía que odiaba hasta tal punto a Bayles, lo había odiado durante tanto tiempo, que tenía que ganar. Era como quitar el celofán de un paquete de cigarrillos: lo planeabas, lo llevabas a cabo con cuidado y sucedía.

Así pues, cuando Bayles jugó la bola blanca de forma segura, en mitad de una partida, haciendo que se detuviese en el raíl del fondo, en la costura, con las cuatro bolas que necesitaba en un extremo de la mesa, Johnny decidió hacer su jugada estrella. Se acercó con cuidado a la mesa, anunció que iba a embocar la bola siete en la tronera de la esquina, apuntó con precisión y golpeó. Su taco hizo un contacto brusco con la costura, impactando de lleno en la bola siete y enviándola contra el raíl del extremo para que se deslizase por él hacia la esquina. La bola blanca se detuvo en seco. El sonido de la bola siete golpeando el fondo de la tronera fue exquisito.

—Como si tuviera ojos —dijo alguien entre la multitud, que en ese instante a Johnny le parecía muy lejana.

Luego realizó los otros tres tiros fáciles y ganó sus veinte dólares. Estaba a cien dólares de su oponente. Ahora sabía que su golpe funcionaba, que iba a ganar a Bayles.

—¿Jugamos por más dinero, Ned? —preguntó mientras Bayles colocaba las bolas.

—Tú mandas, Johnny.

—¿Cien?

—De acuerdo.

La multitud se agitó y luego guardó silencio.

Johnny empezó a ganar. Las bolas rodaban a su favor, tal y como él sabía que harían. Sus golpes eran suaves y firmes, las bolas

rebotaban en las bandas y entraban en las troneras como si supieran adónde tenían que ir. Había recuperado la confianza con creces, hasta el punto de llegar a sonrojarse de pura convicción. Cada vez que fallaba un tiro sabía que no importaba gran cosa, porque acertaría el siguiente. Recuperó sus cien dólares en la primera partida, luego ganó dos más, perdió una, ganó otra y otra más. Su nerviosismo había desaparecido por completo, sentía exclusivamente la certeza de su victoria, con el público a su favor, y no dejaba de repetirse a sí mismo: *Estoy ganando al mejor del país en su propia mesa. Una vez me robó veinte dólares y ahora le estoy ganando en su propia mesa, en su especialidad.* Y era como la música, o como alcohol, o incluso como una mujer, el poder decir: *Tengo a Ned Bayles agarrado por el cuello.* Notaba cómo pasaban las horas mientras seguía ganando, veía cómo los golpes de Ned se hacían más rígidos, cómo Ned cometía más errores, sentándose ahora entre golpe y golpe, pidiendo bebidas en el bar, pero sin dejar de jugar. *Te he ganado, hijo de puta, te he ganado y lo sabes,* pensó Johnny, pero Ned siguió jugando.

De repente, eran las dos de la madrugada y Johnny acababa de encajar el decimonoveno billete de cien dólares en su clip.

—Ese rollo se ha hecho tan grande que tiene que ser incómodo —dijo Ned.

—Podría serlo, pero no lo es, Ned —replicó Johnny, y ambos rieron.

—Estoy cansado, Johnny —dijo Ned—. ¿Cuánto llevas ahí?

—Mil novecientos.

—Me refero a cuánto llevas encima. A todo.

La mano de Johnny tembló, aunque solo un poco.

—Dos mil setecientos.

—Te propongo una cosa, Johnny: juguemos una partida por dos mil setecientos y luego nos vamos a la cama.

Johnny se humedeció los labios. No había pensado en eso. Ned era un hombre de palabra, lo sabía, y le ganaría, pero no lo había planeado de ese modo. Sin embargo, no podía decir otra cosa que «Me parece bien» y colocar las bolas. El público guardó silencio. Johnny intentó pensar en cinco mil cuatrocientos dólares

mientras colocaba las bolas en la mesa para el saque de Bayles. Después se metió las manos en los bolsillos.

Ned salió a asegurar, sin permitir ningún tiro. Johnny respondió con otro tiro de seguridad. Ambos jugaron con cautela, dejando la bola blanca en un extremo y las quince bolas objetivas agrupadas en el otro. Entonces Ned cometió un error garrafal. Falló el tiro y la bola blanca rodó por la mesa, rebotó en una de las bolas y se detuvo cerca del borde, dejando a Johnny un tiro abierto y seguro.

Ned levantó las manos.

—¡Por el amor de Dios! —gritó—. ¡Crucificadme!

—Aquí viene el primer clavo —dijo Johnny, y se acercó a la mesa.

Pero al ir a golpear miró a Ned y vio que no parecía más inquieto que si estuviera jugando por cincuenta centavos. Johnny sintió que le empezaban a sudar las palmas de las manos. Intentó apuntar, balanceó el taco, tiró y la bola salió del cojín, golpeó el borde de la tronera lateral y rebotó, rodando lentamente por la mesa hasta detenerse. Era la bola número doce, la que tenía una raya morada. Era un golpe fácil. Apuntó apoyándose en los trece años de experiencia que acarrecaba a sus espaldas, pero falló. Un fallo de dos mil setecientos dólares.

Ned tiró y metió tres bolas, jugó con seguridad y le ganó, ocho a dos, en cinco minutos.

—Gracias —dijo Ned cuando Johnny le entregó el dinero. Quitó el clip de los billetes, metió uno de veinte y se lo devolvió—. Por si quieres tomarte un café —dijo con una sonrisa.

Johnny sacó el billete de veinte, se guardó el clip en el bolsillo y tiró los veinte dólares sobre la mesa.

—No bebo café.

Luego subió a su habitación y se acostó sin desvestirse.

Por la mañana, encontró una casa de empeños en la que le dieron trece dólares con cincuenta por su pitillera de plata y el clip. Un billete de vuelta a Las Vegas costaba treinta y dos dólares. Fue en busca de un salón de billar, sabiendo que sería inútil volver al hotel después de haber mostrado allí su mejor juego la noche

anterior. Encontró una. Una pequeña ventana pintada con las palabras SALÓN DE BILLAR PARA FUMADORES - SOLO HOMBRES en letras verdes.

Al entrar, le compró un paquete de cigarrillos al hombre gracioso que atendía detrás del mostrador. Recogió el cambio de su medio dólar y miró al hombre.

—¿Hay mucha acción a esta hora del día? —le preguntó.

El hombre señaló con el pulgar hacia una mesa. Un chico de unos dieciocho o diecinueve años estaba practicando y tiraba como si se creyera muy bueno.

—Ese chico jugará contigo por dos o tres dólares si quieres. Pero ten cuidado, es un buscavidas.

—Tendré cuidado —dijo Johnny, y se acercó a la mesa mientras abría el paquete de cigarrillos. Se preguntó si el chico tendría veinte dólares.

Johnny sacó un cigarrillo y se quedó de pie, observando al chico jugar durante un rato.

—Juegas bastante bien —le dijo. Encendió el cigarrillo y tiró la cerilla al suelo—. Para ser un chaval.